

Una huida imposible

La editorial consonni recupera 'Tiempo de cerezas' de Montserrat Roig

“Siempre haces lo que quieres, le decía Encarna. Pero ella no sabía lo que quería, sólo sabía que no quería nada de lo que veía”. Y lo que veía, más allá del padre que alguna vez fue rojo y ahora vive para hacer dinero, más allá de una madre que está muerta pero no enterrada, era una sociedad en la que todo estaba prohibido. En la que era difícil hacer el amor, como dicen los personajes. Sobre todo era difícil para las mujeres, porque los hombres siempre podían acudir a algún local a pagar por sexo. Y es que Natàlia Miralpeix ha venido al mundo en la Barcelona de 1938 y empieza a entender algo –a interesarse por lo que la rodea– ya a finales de los cincuenta.

Y entonces, como ocurriría antes y aún después, las jóvenes se casan y tienen hijos, los maridos trabajan y tienen amantes, los pobres huelen mal, los obreros se quedan tontos tras caerse de

los andamios y ya se hacen cargo sus mujeres, los que pueden cruzan a Francia a ver pelis eróticas y los que pueden más –o aguantan menos– huyen, aunque sea por unos años, al extranjero a respirar. Es obligatorio ir a la iglesia y te pueden dar una paliza en comisaría por apoyar una huelga en Asturias... y si te quedas embarazada sin quererlo, tienes casi que suplicar que alguien te lleve hasta alguien que te de una dirección de alguien que te va a hacer una escabechina y te va a mandar al hospital, a ver cómo cuentas eso que te ha pasado.

Todo eso, y mucho más, contaba la escritora catalana Montserrat Roig en su *Tiempo de cerezas*, la novela de finales de los años setenta que la editorial bilbaina consonni recupera ahora, tantísimo tiempo después. La acaba de publicar en castellano y en euskera. El tiempo de las cerezas, según una vieja canción, es uno que será más dulce, más colorido y más libre, pero nunca termina-



ba de llegar para los hombres y las mujeres de esta historia, sobre todo para ellas. Sin muchos estudios, malcasadas, engañadas, tenidas sólo como amas de casa y madres, en ningún caso como compañeras –hay que ver estos señores burgueses cómo se enredan en líos de faldas mientras sus burguesas esposas como mucho se ponen pipipis con el



jerez y se dan unos muerdos de los que no tardarán en avergonzarse–, pasan la vida haciendo lo que de ellas se espera.

Excepto Natàlia, esta oveja negra que muy joven decidió que no iba a ser la cuidadora de su madre impedida, la dócil hija soltera, y que se largaba. Tras doce años de exilio la no ya tan joven Miralpeix vuelve a casa para comprobar que en realidad nada ha cambiado en Barcelona, en Cataluña, en España. Se fue con el fusilamiento de Julián Grimau y vuelve con el *garrotazo vil* de Puig Antich. Huir, ¿a dón-

de? ¿Realmente se puede? Hay un corto diálogo sobre esto en una novela que refleja la sociedad barcelonesa de los setenta pero que continuamente echa la vista atrás y que es la continuación de una serie de tres empezada con *Ramona, adiós* y terminada con *La hora violeta*. Como hace la escritora Lara Moreno en el prólogo de esta edición, cabe preguntarse por qué Roig no ha sido tenida en cuenta durante tanto tiempo en tantos sitios.

E. S.